Laura Bellini



Cuando dejamos de fingir

El papel más difícil comienza cuando termina la función

Cuando dejamos de fingir

El papel más difícil comienza cuando termina la función

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901083

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones de la representación 11
Capítulo 2 - Sin testigos 22
Capítulo 3 - Historias escritas entre líneas 33
Capítulo 4 - Lo que no decimos 43
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 52
Capítulo 6 - Cuando se acaban las excusas 62
Capítulo 7 - Entre la amistad y el deseo 72
Capítulo 8 - Al otro lado de su mundo 83
Capítulo 9 - El precio de una historia compartida 94
Capítulo 10 - Sin interpretar ningún papel 105
Capítulo 11 - Lo que necesitamos 116
Capítulo 12 - La verdad que no podemos seguir aplazando 126
Capítulo 13 - Cuando cada elección tiene un precio 137
Capítulo 14 - Entre lo que deseamos y lo que podemos prometer 148
Capítulo 15 - Todo lo que no quería escuchar 158
Capítulo 16 - El silencio después de la última escena 168
Capítulo 17 - Cuando solo queda la verdad 180
Capítulo 18 - La primera cita sin público 190
Capítulo 19 - La primera cita después de once años 200
Capítulo 20 - El hogar al que regresamos 212

INTRO

Dije la primera mentira antes de que llegara el postre.

—No, tía, no estoy sola. He venido con alguien.

Mi tía Regina se quedó inmóvil, con la cucharilla suspendida sobre su porción de tarta de queso. A nuestro alrededor resonaban las conversaciones, alguien movía sillas en la veranda y, por las ventanas abiertas de la vieja casa junto a un lago de Warmia, entraba el aroma de la hierba calentada por el sol. Era sábado por la tarde, el primer fin de semana en meses que pensaba pasar sin responder preguntas sobre mi vida sentimental. Incluso tenía una estrategia preparada. Dos días de reunión familiar, sonrisas educadas, algunas conversaciones sobre el trabajo y regreso a Varsovia el domingo antes del mediodía. Nada de confidencias. Nada de explicaciones sobre por qué, a mis veintinueve años, seguía sin tener planes de boda.

Y, sobre todo, nada de mencionar al hombre que, tres meses atrás, había decidido que mi trabajo era una afición encantadora, siempre y cuando no interfiriera con sus planes.

—¿Con quién? —Regina dejó la cucharilla sobre el plato—. ¡Diana, no me habías dicho nada!

Ese era precisamente el problema con mi familia. Una sola frase inocente podía convertirse, en cuestión de quince minutos, en una noticia que ya conocían veinte personas.

—Porque no había surgido la ocasión.

—¿Es algo serio?

Miré hacia la puerta que daba al jardín. Al otro lado se extendía el césped, donde mis primos estaban colocando las

mesas para la hoguera de aquella noche. Pensé que todavía podía salvar la situación. Decir que me refería a una amiga. A un cliente. A cualquier persona que no diera a Regina motivos para empezar a organizar otra boda.

En lugar de eso, me oí decir:

—Mikołaj.

Mi tía parpadeó.

—¿Ese Mikołaj?

—¿Cuántos Mikołaj conoces?

—¿Sokołowski? ¿Tu bibliotecario?

—No es mío.

Regina sonrió tan ampliamente que me arrepentí de inmediato de mis últimas tres frases.

—¡Lo sabía!

Por supuesto que lo sabía. Mi familia llevaba once años convencida de que Mikołaj Sokołowski era mi destino. Ni siquiera le importaba que nosotros dos no hubiéramos recibido semejante información.

Nos conocimos durante el primer año de universidad, cuando me refugié de una tormenta en la biblioteca con mi cuaderno de dibujo completamente empapado. Mikołaj trabajaba entonces en el mostrador de préstamos. En lugar de hacer comentarios sobre mi lamentable aspecto, me trajo unas toallas de papel y me preguntó si me preocupaban más mis dibujos o mi teléfono. Desde aquel día me había visto en situaciones en las que ninguna mujer sensata querría que la observara un hombre atractivo. Sabía lo feo que lloraba cuando estaba furiosa. Conocía mis peores decisiones y era capaz de reconocer sin equivocarse el momento exacto en que fingía que algo no me importaba.

Tenía treinta y tres años, paciencia con las personas que devolvían los libros con seis meses de retraso y la irritante costumbre de hacer una sola pregunta acertada en lugar de ofrecer diez buenos consejos.

Era mi mejor amigo.

Y yo acababa de convertirlo en mi novio.

—¿Dónde está? —preguntó Regina.

Entonces lo vi a través de la ventana.

Estaba junto a la verja de madera, con una camisa clara y las mangas remangadas, sosteniendo una bolsa de papel de una panadería. Hablaba con mi padre, que le estaba enseñando algo junto al coche. Mikołaj escuchaba con esa atención propia de alguien que de verdad quiere comprender lo que le cuentan. Incluso cuando la conversación trata sobre las extraordinarias prestaciones de un nuevo portaequipajes de techo.

Había venido porque yo lo había invitado. No como pareja, sino como aliado. Le había prometido dos días junto al lago, comida casera y la posibilidad de leer tranquilamente en el embarcadero. A cambio, debía ayudarme a esquivar a los familiares convencidos de que una mujer soltera necesitaba una intervención inmediata.

Lo que no le había dicho era que pensaba modificar las condiciones de nuestro acuerdo.

—Vendrá enseguida —respondí.

Regina ya se estaba levantando de la mesa.

—¡Tengo que decírselo a tu madre!

—Tía, por favor, no hagas de esto un acontecimiento.

—Cariño, ¿después de tantos años? ¡Claro que es un acontecimiento!

Desapareció en la cocina antes de que pudiera detenerla.

Me levanté, cogí mi vaso de limonada y salí a los escalones traseros de la casa. El sol empezaba a descender hacia los árboles y el lago, más allá del jardín, tenía el color de la plata apagada. En la terraza había sandalias infantiles desperdigadas. Alguien se había olvidado de cerrar una caja de lápices de colores. Me senté en el escalón más alto y saqué el teléfono.

Mikołaj, tenemos que hablar.

Escribí el mensaje, pero no lo envié.

No quería hacerlo por teléfono. Sobre todo porque él sabía interpretar mis mensajes demasiado bien. Tres palabras y la ausencia de un emoticono le bastaban para darse cuenta de que había hecho alguna trastada.

—¿Tan grave es?

Levanté la cabeza.

Estaba unos escalones más abajo, con la bolsa de papel apoyada contra la cadera. Tenía el pelo oscuro ligeramente revuelto y aquella expresión familiar, un poco divertida, que normalmente anunciaba que estaba a punto de decir algo insoportablemente sensato.

—¿Cómo sabes que pasa algo malo?

—Estás sentada en las escaleras, con el teléfono en la mano, y tienes cara de estar intentando inventarte una coartada.

—A lo mejor simplemente estoy admirando el paisaje.

Miró hacia el lago.

—¿Dándole la espalda?

Suspiré.

Mikołaj se sentó a mi lado. No demasiado cerca. Nunca ocupaba más espacio en la vida de otra persona del que esta le ofrecía. Era precisamente una de las cosas que más me gustaban de él. A su lado no tenía que ser más divertida, más interesante ni menos complicada de lo que realmente era.

—He traído tus bollos de levadura favoritos —dijo—. Aunque empiezo a sospechar que debería haber comprado algo más fuerte.

—Regina cree que estamos juntos.

Durante unos instantes me miró sin decir nada.

—Entiendo.

—No estaba planeado.

—Por supuesto.

—Mikołaj.

—Diana.

Pronunció mi nombre con tranquilidad, pero sin aquella calidez habitual que solía suavizar su ironía.

—¿Cómo ha llegado exactamente a esa conclusión?

Deslicé un dedo por la superficie húmeda del vaso.

—Le dije que había venido con alguien.

—Eso es verdad.

—Y después me preguntó si era algo serio.

—¿Y?

—Le dije tu nombre.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo. Una sonrisa apareció en su rostro, pero desapareció enseguida.

—Así que me han ascendido sin pasar por una entrevista de trabajo.

—Si quieres negarte, lo entenderé.

—¿De verdad?

Aquellas dos palabras sonaron distintas de todo lo que había dicho antes. Me volví hacia él. Mikołaj seguía mirando al frente, con los dedos apretados alrededor del borde de la bolsa de papel.

—Por supuesto que de verdad.

—Porque a veces tengo la impresión de que das por hecha mi presencia antes de molestarte en preguntarme si quiero estar.

Aquello me dolió más de lo que debería.

Quise contestar con una broma, pero algo en su voz me obligó a guardar silencio. Recordé los últimos meses. Las llamadas a altas horas de la noche, cuando necesitaba hablar con alguien. La cena que había cancelado para ayudarme a trasladar mi estudio. Y aquel viernes en que me propuso ir al cine y yo rechacé la invitación porque di por sentado que podía verlo en cualquier otro momento.

Nunca me había preguntado si él también lo veía así.

—Lo siento —dije por fin—. No debería haber dicho eso sin tu consentimiento.

Se volvió hacia mí. Nuestros hombros casi se rozaban y, de pronto, fui consciente de lo cerca que estábamos sentados. Mikołaj olía a algodón limpio, a café y a algo cálido y familiar. Un aroma que durante años había asociado con la seguridad.

Sin embargo, esta vez no conseguí concentrarme únicamente en esa sensación.

—No estoy enfadado —dijo—. Solo quiero saber qué esperas de mí.

Desde el interior de la casa nos llegó la risa de mi madre. Un instante después, alguien gritó que fuéramos a hacernos una foto de familia.

Mikołaj no se levantó. Esperaba mi respuesta.

Tenía preparados una docena de argumentos para explicar por qué fingir una relación sería completamente inofensivo. Podía hablarle de Regina, de mi exnovio, de lo mucho que necesitaba un fin de semana sin someterme a un interrogatorio familiar.

Pero, sentada junto a Mikołaj, por primera vez se me ocurrió que el precio de mi tranquilidad podía ser algo que hasta entonces ni siquiera había considerado.

—Quería que fingieras ser mi novio durante dos días —admití—. Pero si es demasiado para ti, les diré la verdad.

Me observó atentamente.

—¿Y si acepto, Diana? ¿Qué haremos cuando termine la función?

No respondí.

Porque, por primera vez en once años, ya no estaba segura de que los dos quisiéramos volver a interpretar nuestros antiguos papeles.

Capítulo 1 - Las condiciones de la representación

Mikołaj seguía sentado a mi lado en las escaleras cuando desde el interior de la casa nos llamaron otra vez para la fotografía familiar. Normalmente, en una situación así, me habría dirigido una mirada cómplice, habría inventado alguna excusa y me habría ayudado a escapar de aquella obligación colectiva. Esta vez no hizo nada. Mantenía la bolsa de papel sobre las rodillas y esperaba a que respondiera a la pregunta que acababa de hacerme.

—No sé qué haremos después —admití—. Pensaba que simplemente volveríamos a Varsovia y todo seguiría como antes.

—¿Todo?

—Mikołaj, estamos hablando de un fin de semana, no de una boda.

—Precisamente por eso te lo pregunto ahora. Si se tratara de una boda, sería un poco tarde para establecer las condiciones.

Intenté sonreír, pero él no me devolvió el gesto. No parecía ofendido. Más bien estaba concentrado, como cuando alguien le hablaba de un libro cuyo final no encajaba con el principio. Aquella atención suya, que antes me resultaba reconfortante, de pronto se volvió incómoda. Me di cuenta de que había venido al lago para descansar y yo ya había conseguido convertir su fin de semana libre en un compromiso que ni siquiera había tenido ocasión de aceptar.

—Lo arreglaré —propuse—. Entraré y les diré que Regina lo ha entendido mal.

—¿Y lo ha entendido mal?

—No. Yo la he inducido a error.

Mikołaj asintió.

—Entonces al menos sabemos por dónde empezamos.

Mi prima pequeña, Zosia, salió de la casa. Llevaba el teléfono en la mano y tenía la expresión de alguien a quien habían confiado una misión de importancia histórica.

—¡Diana! La abuela ha dicho que no empezamos sin vosotros. Y la tía Regina me ha pedido que os diga que tenéis que poneros juntos.

Mikołaj me miró y después se volvió hacia Zosia.

—Diles que vamos enseguida.

—Vale. Pero daos prisa, porque el tío Andrzej ya está colocando el trípode por segunda vez.

Cuando desapareció, dejé el vaso junto a la pared y me levanté.

—No tienes que hacerlo. De verdad.

—Lo sé.

Él también se puso de pie, pero, en lugar de seguirme, me detuvo con una pregunta formulada tranquilamente:

—¿Por qué quieres tanto que crean que estás con alguien?

Podría haber dicho que Regina era insoportable. Que mi madre se preocupaba por mí sin motivo y que una pregunta más sobre tener hijos haría que me escapara al lago y me quedara allí hasta el lunes. Todo habría sido verdad. Sin embargo, Mikołaj me conocía lo bastante bien como para reconocer una respuesta evasiva.

—Porque no quiero que me miren como si fuera una mujer cuya vida ha fracasado —respondí—. En Varsovia tengo un estudio, clientes y un piso que mantengo yo sola. Pero aquí basta con que no tenga pareja para que, de repente, todo lo demás deje de importar.

—Tus padres están orgullosos de tu trabajo.

—Lo sé. Pero mi madre es capaz de elogiar mis ilustraciones y, en la misma frase, preguntarme si no sería más fácil trabajar menos si encontrara al hombre adecuado.

Una expresión de comprensión cruzó su rostro. Apoyó la mano en la barandilla de madera y dejó al descubierto una pequeña cicatriz cerca de la muñeca. Recordaba el día en que se la hizo, cuando me ayudó a sacar un cristal roto de mi antiguo estudio. Siempre estaba presente durante ese tipo de catástrofes. Y eso era precisamente lo que empezaba a inquietarme: la cantidad de veces que había dado por sentada su disposición a ayudarme.

—No necesitas un novio para que tu vida tenga valor —dijo.

—Eso ya lo sé.

—Quiero asegurarme de que tú también lo tengas claro.

Lo miré con una irritación que pronto dejó paso a la gratitud.

—Si no fueras tan sensato, sería mucho más fácil aprovecharse de ti.

—Sospecho que por eso llevas once años perfeccionando la técnica.

Esta vez sonrió. Brevemente, pero lo suficiente para que pudiera volver a respirar con normalidad.

—Acepto —dijo.

Me sorprendió.

—¿De verdad?

—Con una condición. En realidad, con varias, pero hay una que es la más importante.

Esperé.

—No tomarás decisiones por los dos. Ni delante de tu familia ni cuando estemos solos.

Mi primer impulso fue asegurarle que nunca había hecho semejante cosa. Después recordé que apenas quince minutos antes lo había presentado como mi pareja sin preguntarle. Cerré la boca.

—Tienes razón.

—Esto no es una competición, Diana. No tienes que concederme un punto.

—Estoy concediéndote algo mucho más excepcional. Reconozco un error propio.

Soltó una risita.

—Guardaré este momento en la memoria.

Bajamos las escaleras y nos dirigimos hacia el jardín. Sin embargo, por el camino me detuve junto a una puerta para arreglarme el pelo utilizando el cristal como espejo. Mikołaj se colocó a mi lado. En el reflejo nos vi juntos: yo, con un vestido verde oscuro y el pelo recogido descuidadamente en la nuca; él, con una camisa clara y pantalones azul marino. Parecíamos dos personas que habían acudido a una reunión familiar y que llevaban mucho tiempo sabiendo cuál era su lugar.

Aquella idea tenía algo inquietantemente agradable.

—No resultamos convincentes —murmuré.

—¿Qué falla?

—Estás demasiado tranquilo.

—¿Quieres que empiece a sudar de los nervios?

—Por lo menos podrías poner cara de enamorado.

Mikołaj volvió la cabeza. Durante un instante me observó con tanta atención que olvidé mi propia provocación.

—Ten cuidado con lo que pides —dijo suavemente.

Después abrió la puerta y me dejó pasar primero.

En el césped nos esperaban más de treinta personas. La abuela Halina estaba sentada en una silla de la primera fila, rodeada de nietos y bisnietos. Mi padre intentaba convencer a los primos más pequeños de que dejaran de saltar, mientras mi madre hablaba con Regina, que nos vio inmediatamente.

—¡Aquí están! ¡Nuestra nueva pareja!

Noté que Mikołaj aminoraba el paso. No me tocó. Simplemente me miró con una pregunta en los ojos y yo, consciente de sus palabras anteriores, fui quien deslizó la mano bajo su brazo.

—¿Podemos? —pregunté en voz baja.

—Podemos.

Aquel gesto no tenía nada especialmente íntimo. Ya habíamos caminado del brazo por aceras heladas, durante la boda de mi prima y en cierta Nochevieja en la que me torcí el tobillo. Esta vez, sin embargo, sabía que las personas que nos rodeaban lo interpretarían de otra manera. Lo peor era que yo también empezaba a fijarme en cosas que antes me habían pasado inadvertidas: el calor de su antebrazo, la

forma en que adaptaba ligeramente su paso al mío y el hecho de que no intentara tomar la iniciativa.

Regina nos indicó inmediatamente un lugar junto a la abuela.

—Vamos, queridos, un poquito más juntos. ¡Que no os vais a morder!

Mikołaj se inclinó hacia mi oído.

—Eso no te lo había prometido.

Solté una carcajada justo cuando el tío Andrzej activó el temporizador de la cámara. En la fotografía seguramente parecería una mujer auténticamente feliz. El problema era que, durante unos segundos, realmente lo había sido.

Después de la fotografía, la familia nos rodeó. Mi madre me abrazó y me susurró que estaba muy contenta, aunque podría habérselo contado antes. Mi padre estrechó la mano de Mikołaj con una solemnidad que no mostraba ni siquiera al firmar contratos. Quien más me sorprendió fue la abuela. Nos llamó con un gesto y, en lugar de hacernos preguntas, nos examinó por debajo de sus cejas grises.

—Hacéis buena pareja —declaró.

—Abuela... —empecé.

—No tienes que explicarme nada. Soy vieja, no sorda. Toda la casa está hablando del asunto.

Mikołaj se agachó junto a su silla.

—Espero que no hayamos causado ningún problema.

—Un problema fue cuando mi Marian apareció en nuestra fiesta de compromiso con una orquesta, aunque no tenía dinero para los anillos. Vosotros al menos habéis llegado a tiempo.

La abuela le dio unas palmaditas en la mano y vi cómo se suavizaba su expresión. Le gustaba desde que lo conoció. No porque lo considerara un candidato adecuado para mí, sino porque durante las celebraciones familiares siempre encontraba un momento para hablar con ella. Sabía que le encantaban los atlas antiguos y las historias sobre el Olsztyn de antes de la guerra. Incluso recordaba que, desde hacía dos años, le costaba leer la letra pequeña, y le llevaba libros con una tipografía más grande.

Sin embargo, Regina no nos permitió descansar.

—¿Y desde cuándo estáis juntos?

Sentí que Mikołaj me miraba. Habría bastado con que yo mencionara cualquier fecha para que él, seguramente, inventara sin equivocarse una historia que encajara con ella. En lugar de hacerlo, recordé nuestro acuerdo.

—Todavía no queremos contar los detalles —respondí.

Mi tía hizo un mohín.

—Pero si somos familia.

—Precisamente por eso confío en que lo respetéis.

Mikołaj no añadió nada. Solo cuando Regina encontró otro tema de conversación me apretó suavemente la mano. Un gesto breve de aprobación. Me di cuenta de que me había producido más satisfacción que todas las felicitaciones familiares juntas.

Aquella noche, durante los preparativos de la cena, nos encontramos junto a la encimera de la cocina. Mikołaj cortaba limones para una jarra de agua y yo colocaba pan sobre una tabla de madera. Por la puerta abierta llegaban las conversaciones de nuestros familiares y el crepitar de las ramas que empezaban a arder. Reinaba aquel tipo especial

de alboroto que recordaba de mi infancia, cuando la casa de la abuela me parecía el lugar más grande y seguro del mundo.

—Has manejado muy bien lo de Regina —dijo.

—Me he sorprendido hasta a mí misma.

—Me he dado cuenta.

—Pensaba que responderías por mí.

—Podría haberlo hecho. Pero no hacía falta.

Dejé de colocar las rebanadas. Lo que acababa de decir era algo sencillo y, sin embargo, había dado exactamente en un punto que prefería no tocar. Durante los últimos meses, Mikołaj me había rescatado muchas veces de conversaciones difíciles. Nunca exigía gratitud, pero yo cada vez me preguntaba menos si aquella ayuda le costaba algo.

—Una vez me preguntaste si no te estaba tratando como un teléfono de emergencias —recordé.

—Me acuerdo.

—Me enfadé contigo.

—También me acuerdo de eso.

—Creo que empiezo a comprender lo que querías decir.

Dejó el cuchillo.

—No quería que te sintieras culpable. Solo quería ser, de vez en cuando, alguien a quien también llamas cuando todo va bien.

Durante un momento escuché las voces que llegaban del jardín. La vergüenza era silenciosa y desagradable, porque esta vez no tenía nada de lo que defenderme.

—Quiero cambiar eso —dije.

Mikołaj me miró con una amabilidad cautelosa.

—Me alegro.

No dijo que todo estuviera arreglado. No prometió que una sola conversación bastara. Terminó de cortar los limones y yo sentí un alivio inesperado al comprender que no tenía que recuperar inmediatamente toda su aprobación.

Durante la cena nos sentamos uno al lado del otro. No intercambiamos palabras cariñosas ni fingimos una pasión desbordante. Hablamos de libros, recuerdos de infancia y mi trabajo en las ilustraciones para una nueva edición de cuentos de hadas. Cuando mi tía me preguntó si alguna vez pensaba abandonar mi profesión independiente para dedicarme a algo más estable, Mikołaj no respondió por mí. Esperó a que yo misma explicara que llevaba seis años viviendo de mi trabajo y que precisamente estaba negociando el contrato más importante de mi carrera.

Solo después, cuando la conversación cambió de rumbo, se inclinó hacia mí.

—Estoy orgulloso de ti.

Lo miré sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque no le has pedido perdón a nadie por tener ambiciones.

En su voz no había ni rastro de condescendencia. Lo dijo como si hubiera observado algo importante, y de pronto deseé que se fijara en muchas más cosas.

Después de la cena, Regina se acercó con el teléfono en la mano.

—¿Os habéis hecho alguna foto juntos? Me gustaría enseñársela a tu tía Irena, que no ha podido venir.

Abrí la boca, pero Mikołaj habló primero.

—Preferiríamos que, de momento, esto quedara entre los que estamos aquí.

Regina me miró, visiblemente decepcionada.

—Tampoco es que vaya a anunciarlo en los periódicos.

—Lo sabemos —respondí—. Simplemente todavía no queremos fotos ni mensajes para el resto de la familia.

Mi tía suspiró y se alejó. Mikołaj la siguió con la mirada.

—Perdona por haber contestado primero. Podría haber esperado.

—No pasa nada. Iba a decir lo mismo.

—¿Seguro?

—Sí. Y gracias por preguntármelo.

Durante un instante permanecimos frente a frente, mientras las conversaciones a nuestro alrededor parecían transcurrir en algún lugar lejano. Mikołaj metió las manos en los bolsillos, como si se hubiera contenido deliberadamente de hacer algún gesto.

—Parece que sabemos negociar —dijo.

—Siempre que ninguna de las partes modifique el acuerdo sin avisar.

—Ese punto es especialmente importante.

Sonreí, pero poco después me puse seria.

—Lo cumpliré.

Por primera vez desde nuestra llegada, sentí que mi mentira había dejado de ser simplemente una manera personal de evitar preguntas incómodas. Mikołaj tenía en ella su propio lugar, sus propios límites y sus propias

expectativas. Si quería conservar su amistad, tenía que aprender a verlos con la misma claridad con la que veía los míos.

Y cuando más tarde, junto a la hoguera, deslizó una manta adicional hacia mí antes incluso de que pudiera decir que tenía frío, comprendí algo más.

Hasta entonces había considerado su atención una parte natural de nuestra amistad.

Ahora empezaba a preguntarme cómo sería compartir la vida con un hombre capaz de amar precisamente de aquella manera.

Capítulo 2 - Sin testigos

Me despertaron unos golpes en la puerta y la voz de mi madre anunciando que el desayuno estaría listo en media hora. Durante unos segundos no recordé dónde estaba. Después vi el conocido papel pintado de pequeñas flores, el escritorio antiguo bajo la ventana y la maleta junto al armario. De niña recordaba aquella habitación como un refugio del ruido familiar. Ahora resultaba ser el único lugar donde nadie esperaba que me comportara como una mujer enamorada.

Cogí el teléfono. En la pantalla me esperaba un mensaje de Mikołaj enviado a las ocho y diecisiete.

«He ido a la tienda a por café. ¿Quieres el de siempre u hoy tienes una identidad nueva y solo bebes cosas para parejas felices?».

Sonreí sin poder evitarlo.

«El de siempre. Y un bollo de levadura, si todavía tienen».

La respuesta llegó casi inmediatamente.

«Esta vez solo compro para personas que saben decir por favor».

«Por favor, señor Sokołowski».

«Ahora eso suena sospechosamente interesante».

Dejé el teléfono y me quedé un buen rato mirando el techo. Mikołaj estaba flirteando conmigo por mensaje. ¿O simplemente bromeaba como llevaba haciendo once años? No sabía decidir qué era peor: la posibilidad de que lo hiciera conscientemente o el hecho de que, de repente, deseara muchísimo que así fuera.

Durante el desayuno me esperaba la primera sorpresa. Mi madre acercó a mi sitio un plato de huevos revueltos y anunció que la abuela quería organizar a finales de agosto una pequeña celebración por su ochenta y cinco cumpleaños. La casa del lago necesitaba algunas reparaciones menores, pero la familia pensaba preparar la fiesta entre todos. Regina ya había propuesto hacer algo especial.

—Hemos pensado en una exposición de fotografías familiares —explicó mi madre—. La abuela conserva álbumes que se remontan a la época de su padre. Tú podrías preparar ilustraciones que representaran la casa y los acontecimientos más importantes.

Sentí aquel conocido interés profesional. Me encantaba trabajar con fotografías antiguas, especialmente cuando permitían contar la historia de un lugar. El problema era que en ese momento estaba negociando un encargo importante con una editorial. No podía permitirme asumir otro proyecto sin un alcance y unos plazos definidos.

—Me encantará ayudar, pero primero tengo que mirar mi agenda —respondí.

—Por supuesto. No queremos que te pases todo el verano trabajando gratis.

Eso lo dijo mi madre. Regina, sentada enfrente, parecía menos convencida.

—Supongo que entre familiares no nos vamos a pasar facturas.

—Pero la familia sí puede establecer unos límites razonables para el trabajo —intervino Mikołaj, que acababa de entrar en el comedor con un vaso de café de cartón para mí.